

Las autobiografías de los inmigrantes gallegos en la argentina (1860-2000): testimonio, ficción y experiencia

Xosé M. Núñez Seixas

Ruy Farías

RESUMEN

La memoria autobiográfica constituye una forma de evocación *a posteriori* de situaciones pretéritas, vividas en su momento por un individuo, pero enmarcadas de forma implícita o explícita en un devenir colectivo. La gran mayoría de los testimonios autobiográficos de la emigración coinciden en subrayar el carácter pluricausal —tanto personal como familiar y microsocioal— de la emigración, y en alumbrar un mundo de actores que toman decisiones en un contexto de racionalidad limitada. Como veremos, los relatos elaborados por los inmigrantes gallegos en la Argentina permiten ahondar también en aspectos tales como la visión de la tierra de origen, los sueños de progreso (y también las pesadillas) en tierra argentina, la visión de la política criolla o los costos sociales y culturales de la adaptación al nuevo país.

Palabras clave: emigración gallega; Argentina; memoria autobiográfica; integración social; imagen social de la inmigración.

ABSTRACT

Autobiographical memory constitutes a form of evoking the past lived by individuals, which are implicitly or explicitly framed within a collective narrative. The large majority of autobiographical accounts written by migrants agree on stressing the multifaceted causes of migration. They usually portray how actors took decisions within a context of limited rationality. This article focuses on how Galician immigrants in Argentina narrated their experience, concentrating on particular aspects of it: their remembrance of their country of origin, the Argentinian dream and its nightmares, their

view of Argentinian politics and the social and cultural costs of their adaptation into a new land.

Key words: Galician migration; Argentina; autobiographical memory; social integration; social image of migrants.

La memoria autobiográfica, como es bien conocido, constituye siempre una forma de evocación a posteriori de situaciones pretéritas, vividas en su momento por un individuo, pero enmarcadas de forma implícita o explícita en un devenir colectivo. Por ello, la autobiografía es, en sí, una reconstrucción de la experiencia que está sujeta a diversos condicionantes: sociales, culturales, comunitarios y mnemónicos individuales (Halbwachs, 2004; Groosman, 1994). El sujeto de la autobiografía influye sobre la elaboración y codificación de su propio relato, en la medida en que sella una suerte de *pacto* implícito entre todas estas dimensiones y con el público lector. De acuerdo con ese pacto, el emigrante, al aceptar publicar el relato de su vida, asume una explícita voluntad literaria: novelar su vida para hacerla comprensible, y al mismo tiempo elaborar un relato de la misma que la justifique y le dé un sentido, con un valor ejemplarizante implícito o explícito (Bruner, 1993; Lejeune, 1994; Monkevičius, 2005). El equilibrio entre lo subjetivo e individual y el peso de las circunstancias es un primer dilema que se ve obligado a abordar el autor de una autobiografía. Y su elección suele ir orientada, con todo, a subrayar su individualidad y su libertad específica dentro de un contexto de oportunidades que rara vez se presenta como determinante, sino más bien como condicionante de un devenir personal marcado por cualidades positivas (Weintraub, 1978).

Al existir una voluntad de elaborar un relato, sin embargo, el autor de una autobiografía acepta igualmente introducir dosis de ficción en ella, así como elementos de dramatización que, por lo general, son tomados de otros géneros literarios (Eakin, 1985); y a menudo incorpora a su narración vivencias y testimonios que, a menudo, ni siquiera han sido realmente protagonizados por él o ella, pero que está convencido de haberlos vivido después de haber repetido durante años, a sí mismo y a su entorno cercano, que esas experiencias existieron: es la ilusión biográfica de que trata Bourdieu (1986). Al mismo tiempo, las autobiografías reflejan los valores culturales de un contexto temporal y social determinado, y reproducen pautas narrativas —de evolución y maduración, de auge y decadencia, de éxito o fracaso— que remiten a modelos sociales de circulación general y que son asimilados, de forma consciente o semiconsciente, por el protagonista de la autobiografía a la hora de narrar y estructurar su vida pasada (Aurell, Davis y Delgado, 2007).

La gran mayoría de los testimonios autobiográficos de los emigrantes europeos son coincidentes en subrayar el carácter pluricausal, tanto personal como familiar y microsociedad, de la emigración, y en alumbrar igualmente un mundo de actores que toman decisiones en un contexto de racionalidad limitada (Yans-McLaughlin, 1990; Fitzpatrick, 1994). Al reflexionar sobre las causas que los llevaron a emprender el camino del éxodo, muchos de esos testimonios recurren a modelos narrativos pre-existentes, procedentes en su mayoría de patrones literarios. Y que dan forma a una tematización que a menudo adopta un tono nostálgico, y otras veces una clave heroica, presentando la emigración como un vía crucis de superación individual gracias al

trabajo y el tesón. En ello no se distinguen en demasía de los testimonios orales de la emigración, donde a menudo la forma narrativa que adoptaba el relato de los emigrantes gallegos en el último cuarto del siglo XX venía determinada por modelos de difusión popular, como los poemas de Rosalía de Castro (Wouters y Pantaleón, 1995).

En el caso que aquí nos ocupa, el de las autobiografías de los inmigrantes gallegos en la Argentina, se manifiesta igualmente la gran variedad de formas que puede adoptar el relato autobiográfico de la experiencia transterrada. Además de los testimonios autobiográficos más o menos compactos y referentes a un grupo familiar o un inmigrante reproducidos en diversos libros colectivos o incluso estudios descriptivos,¹ podemos incluir dentro del elenco de testimonios autobiográficos un grupo de relatos más o menos literarios, y que tienen como protagonistas a los progenitores inmigrantes de un argentino de origen gallego². Podemos dividir el conjunto de autobiografías en tres grupos, cada uno de los cuales nos proporciona posibilidades de interpretación diversas:

A) Autobiografía o *memorias individuales de un emigrante*, referidas a su vida entera o sólo a una parte de ella. Se trata en casi todos los casos de vidas de inmigrantes coronadas por el éxito, o por una cierta percepción subjetiva de éxito relativo, redactadas total o parcialmente por el emigrante para dejar constancia de sus vicisitudes y, particularmente, de su ascenso social.

Su valor es muy diverso: redactadas al final de una vida, varias de ellas consisten sobre todo en la evocación de la infancia y de la Galicia que abandonaron de niños. En este caso, las tintas se cargan sobre tópicos —particularmente cuando se retratan las décadas de 1940 y 1950— como la pobreza, las privaciones y la miseria, la narración presenta una infancia feliz en medio de esas estrecheces y la idealización de un paisaje bucólico, sin duda recreado a través de las imágenes del país natal recibidas durante los años de emigración (Longueira, 2003; Calvo Bustelo, s. f.; Fernández Iglesias, 2003). Pero que, curiosamente, y en comparación con la parquedad de memorias campesinas que reflejen cómo era la vida cotidiana en la Galicia rural del primer franquismo, pueden presentar un valor excepcional por, precisamente, intentar transmitir una imagen petrificada, y a veces una foto fija, de lo que para sus autores *era* la sociedad de origen, en este caso Galicia, lo que a su vez nos resulta de utilidad para otro debate: el del consenso o no que fue capaz de crear el primer franquismo entre el desmovilizado campesinado gallego (Cabana, 2010).

B) Otras biografías individuales presentan un carácter más coral o colectivo. Por ello, pueden revestir un mayor interés para los estudios migratorios desde la perspectiva de la Historia Social, al centrarse en el período discurrido desde la arribada al país de destino, los avatares sufridos, el progreso económico, las relaciones sociales establecidas, los choques culturales con la sociedad de origen y con otras colectividades... La

Recibido: 10.7.2010 - Aceptado: 2.10.2010

¹ Cf. en el caso gallego, por ejemplo, Sampedro (2000: 13-28, 97-107 y 111-24) y Gálvez (2003: 359-70). Aparte cabría citar los libros de conversaciones o entrevistas con emigrantes notorios, como el de Samuelle (1993) con el líder galleguista emigrado a Argentina y Uruguay antes de 1936 Manuel Meilán.

² Vid. por ejemplo la lírica evocación de la biografía de sus padres, inmigrantes gallegos procedentes de Lánca (Lugo), que lleva a cabo Pérez-Prado (1992).

casuística abarca desde los libros *in memoriam* y elogios fúnebres, muy usuales entre la clase media porteña de comienzos del siglo XX y que nos suelen proporcionar preciosos datos prosopográficos, aunque no la perspectiva subjetiva de los propios protagonistas³. hasta las memorias familiares impresas en ediciones privadas y de circulación reducida, para los miembros del clan y con preocupaciones cuasigenealógicas, pero que ofrecen preciosos datos acerca de las redes familiares y sociales tejidas en origen y destino por el emigrante, pasando por las memorias destinadas a un público local más amplio en el lugar de destino, y que en parte tratan de fundir la memoria del pionero con la historia de una localidad, caso de Tandil (Suárez García, 1942). Andando el siglo XX, los protagonistas de estas autobiografías también provendrán de escalones más bajos de la escala social, correspondiendo varias de ellas a la silenciosa mayoría de emigrantes que alcanzaron un éxito relativo en relación con sus expectativas (Varela, 1995, Bodelón, 1995; Manteiga, 1996).

C) *Libros de impresiones*, que en parte son autobiográficas y en parte noveladas, de miembros más o menos secundarios o importantes de las élites emigrantes gallegas. Su intención es a menudo normativa y adoctrinadora, presentando su experiencia como un testimonio de la situación de la emigración gallega y española, de la colectividad emigrante, del país de destino, etcétera. Su perspectiva oscilaba a menudo entre la observación complaciente de los *progresos* del país receptor, la recreación del ambiente de la colectividad de emigrantes, la nostalgia por el terruño y la crítica feroz. Buenos ejemplos fueron en Argentina el escritor de pasado anarquista y republicano Agapito F. N. Pajares Ogeros, *Nicasio Pajares* (1923, 1925, 1929, 1931), el periodista y novelista José Costa Figueiras (1919), el también literato y dependiente de comercio Andrés Martínez Morás (1903), el periodista y director del periódico *Correo de Galicia* de Buenos Aires José R. Lence (1945), o el también escritor y periodista ourensano, además de secretario general de la Presidencia en el mandato de Hipólito Yrigoyen, Luis Sánchez Abal (1917).

D) *Autobiografías colectivas*, aunque redactadas por un emigrante en un momento avanzado de su vida y firmadas por él, pero que, como si se tratase de una historia local escrita allende el océano, recrean la historia, bien de la asociación o grupo organizado de su parroquia, ayuntamiento o comarca de origen, o bien los avatares sufridos en el pasado y en sus tiempos por los emigrantes procedentes de un lugar concreto. Son sin duda las más útiles y, al mismo tiempo, las más escasas en cantidad. Pero su hallazgo constituye una auténtica mina para el historiador. Contamos, para el caso de la inmigración gallega en la Argentina, con una autobiografía colectiva excepcional en este sentido, la de José Puga (1988) acerca de la historia de los inmigrantes de la parroquia de Marce (Ribeira de Pantón, Lugo) en Buenos Aires y alrededores desde fines del XIX hasta la década de 1980. Y que constituye una rica fuente de información sobre la historia de los inmigrantes, al acotarnos el espacio de procedencia y la recreación de ese espacio en el nuevo mundo.

³ Vid. por ejemplo el libro dedicado al coronel de bomberos nacido en A Coruña —y considerado uno de los *héroes* de la colectividad gallega en Buenos Aires— José María Calaza (1852-1913): *El coronel D. José María Calaza*, Arturo E. López Ed., Buenos Aires: 1913. O el ofrendado al procurador, escritor y periodista Bernardo Rodríguez Ribeira (1853-1924): *Homenaje a la memoria de Don Bernardo Rodríguez Ribeira, primer Presidente de la Asociación Protectora, en Buenos Aires, de la Real Academia Gallega*, J. Estrach, Buenos Aires:s. f. [1924].

1. LAS AUTOBIOGRAFÍAS NOVELADAS DE LA ÉLITE INMIGRANTE

Al tratarse de obras escritas con la voluntad principal de emitir un juicio crítico acerca del colectivo emigrante, las autoridades del Estado de origen o de destino, o la sociedad de acogida y de procedencia en general, lo autobiográfico sirve en muchas ocasiones de soporte para la caricatura y la sátira, la denuncia y la ironía. Con todo, y a menudo a través de *alter egos* literarios (caso de Pajares o de Sánchez Abal), los autores daban rienda suelta a sus prejuicios y a sus auténticas opiniones sobre sus coteráneos, acerca de otras nacionalidades inmigrantes con las que se convivía y competía, y sobre las sociedades de adopción. Revelaban así la existencia de elementos conflictivos en el imaginario de las colectividades emigrantes que pasan inadvertidos en el discurso público y publicado de, por ejemplo, la prensa étnica o la publicística societaria. Ahí se pueden encontrar y rastrear, aunque expresadas en clave literaria y caricaturesca, mayores informaciones acerca del imaginario de los inmigrantes y en particular de sus élites, sobre sus prejuicios sociales y culturales y su visión del mundo que los rodeaba más allá de los convencionalismos de la prensa escrita.

En primer lugar, aunque de forma bastante excepcional, los prejuicios raciales. En particular el desprecio hacia los negros por parte de los inmigrantes gallegos del XIX. Así, Manuel Suárez Martínez guardaba un mal recuerdo de su primer trabajo como peón en Concepción del Uruguay por haber compartido labor con *negros bediondos* que según él despedían un *tufo repugnante* (Suárez García, 1942: 37-38).

En segundo lugar, las jerarquías internas dentro del variado espectro de nacionalidades inmigrantes presentes en la Argentina, y las rivalidades con otros colectivos inmigrantes (por ejemplo, los italianos). Aunque es posible encontrar referencias despectivas o conmiseras hacia los inmigrantes judíos o, sobre todo, turcos —situados claramente por debajo de los españoles y gallegos, dentro de las preferencias étnicas de la sociedad argentina antes de 1930—, el oponente por antonomasia, a nivel simbólico al menos, eran los italianos. Algunas autobiografías acostumbran a incluir pequeñas pullas hacia los personajes transalpinos, que oscilan entre lo simpático y lo grotesco, aunque en muchas de ellas —como la novela con elementos autobiográficos *Don Marcelino*, obra de Jorge Ferreiro (1972)—, el inmigrante gallego se acabase casando con una inmigrante italiana.

La élite de la colectividad, y en particular las autobiografías de algunos escritores y periodistas *étnicos*, no se privaban sin embargo de cargar las tintas contra los *farabutti*, generalización de un estereotipo entre cómico y despectivo hacia los inmigrantes italianos, vistos como el gran competidor por el espacio simbólico, la hegemonía demográfica y cultural en la ciudad de Buenos Aires, y aun la imposición de costumbres de la vida cotidiana, desde la gastronomía al idioma. Pero la competencia tenía una base más real: el hecho de que los emigrantes gallegos eran conscientes, de algún modo, de que sus hijos habrían de competir de modo principal con los vástagos de los inmigrantes italianos en el mercado laboral y a la hora de repartirse las oportunidades de ascenso social. Pajares (1925: 137-41) describía así a todo italiano en el Plata como *un tenorino de ópera*; pero sus hijos se sintetizarían en el personaje del *doctor Farabutti*:

...joven trepador, doctorado en La Plata, "cantinflero" vitalicio, pendenciero, zafio y atil-

dato, xenófobo furibundo de la pintoresca falange discursante y “manifestante” titulada “Progenie de l’Italia”.

Esas disputas se acrecentaban a la hora de debatir por la patria de Cristóbal Colón o la festividad del 12 de octubre. He aquí la descripción de un discurso del mismo doctor Farabutti en una asociación italiana, que condensaba los tópicos comunes entre los inmigrantes gallegos acerca del carácter colectivo de los transalpinos (Pajares, 1925: 141-142):

...Cierta tarde me colé, por curiosidad, en el local de una de esas sociedades orfeónico-tallarinescas, titulada “Cristóforo Colombo”. Estaba el local lleno de gente. Al entrar percibí al instante, insoportable, el denso olor a “brodo” mal digerido. Olía a gringo de la Boca del Riachuelo. Leía un joven atildado, rasurado, gordito, casi congestionado, con un ‘yaquet’ irreprochable [...]. Leía con entusiasmo el joven Farabutti, periodista y literato [...] una “conferencia”, en que, con argumentos calabreses, defendía hasta el paroxismo la tesis de que Cristóbal Colón era de Génova, pero nunca de Pontevedra.

—“Dobe istá Pontevedra? Dóbe si trova questa citá dey gayegui morti di fame?...Noialtri doviamo fare, soi gayegui di Buenos Aire, che dicen che il nostro Cristóforo Colombo fú nato a la porca Pontevedra; doviamo fare, cari italiani, una masa di polenta con la sua sangüünel...Eviva l’Italia! Eviva il nostro Cristóforo Colombo! Eviva la progénie d’Italia! ¡¡Viva la patria argüentina!!...”

Esta arenga del literato Farabutti, fue contestada con un ¡¡Eviva!! tremebundo, retumbante, épico, que brotó de trescientos abdómenes plenos de ‘tallarines, gnochis, capelettis’ y demás pasta farinácea y densa, alimento de estas gentes...

En tercer lugar, el desprecio más o menos velado hacia los propios naturales del país de origen, los *criollos* cuyos defectos estereotipados no se podían criticar abiertamente, pero que sí se podían caricaturizar en obras de ficción, máxime si eran publicadas al otro lado del Atlántico. Y el orgullo indisimulado por el pasado imperial de España y la conciencia íntima de superioridad que de ello se derivaba, como título de honor para el presente. El escritor Nicasio Pajares afirmaba en una de sus novelas a través de su alter-ego Ulises Yáñez que éste era *un retoño actual de aquellos héroes de la conquista* (Pajares, 1932: 25). Igualmente, en su novela *El pensador en la selva* el mismo autor pone en boca del *filósofo* emigrante gallego Francisco Fernández Sinsegundo la afirmación de que los inmigrantes españoles querían continuar inconscientemente la labor de los heroicos conquistadores, *aquellos hombres que admiramos y que amamos, unos cuidadores de cerdos y unos navegantes incultos* que habían librado a los indígenas del taparrabos. Razón por la que los criollos siempre deberían estar agradecidos a los descendientes de aquellos conquistadores (Pajares, 1925:141).

En las biografías de posguerra, la crítica estereotipada a los naturales del país sale con mayor frecuencia a la luz de un modo explícito. Aunque, asumiendo buena parte de los prejuicios de la clase media blanca argentina, y en particular de la porteña, la escasa valoración del argentino se dirige de modo particular hacia la población procedente del interior del país, a la que suele caracterizarse como gente indolente, tendencialmente amoral y aprovechada (Varela, 1996: 74-5; Iglesias López, 2007: 171). La diatriba puede alcanzar incluso a la segunda generación inmigrante, es decir a sus propios hijos, para quienes no faltan comentarios críticos relacionados con la

presunción en ellos de falta de ambición, y una tendencia a despilfarrar el capital trabajosamente acumulado por sus padres (Varela, 1996: 70; Sarria, 2009: 173). En cuanto a la mujer criolla, se la considera poco afín al modo de ser del hombre gallego, debido a su carácter insumiso, frívolo y derrochador, y por su escasa predisposición al sacrificio (Bodegón, 1995: 89; Iglesias López, 2007: 173, 176). Detrás de ello, con todo, también estaba la sana envidia ante mujeres urbanas de clase media libres de reminiscencias rurales, y que *eran más libres* [que las gallegas], *que se daban más los gustos y con menos culpas* (Iglesias López, 2007: 173).

En cuarto lugar, en fin, la convicción de que dentro del colectivo inmigrante había *clases*, más allá de la solidaridad étnica genérica que había que mantener hacia afuera. Luís Sánchez Abal, en su obra *Unos años de emigración en Buenos Aires*, ensalzaba a la élite de la colectividad gallega y española, *cuya cultura, prestigio e importancia, contribuían a que en las altas esferas de la política, de la cátedra y de la prensa, se rindiera culto de simpatía y afectuosidad a la nación iniciadora de la vida civilizada en estos países*. En esa élite había antiguos expatriados políticos ahora devenidos en hombres respetables, e inmigrantes que habían alcanzado éxito económico: *unos cuantos espíritus inteligentes y aventureros y algunos caracteres enérgicos y laboriosos*. Pero frente a esa élite ejemplar se situaba la masa de inmigrantes, formada *a base del portero insolente, del ordenanza engreído*, cuya expresión externa más risible sería el aspecto exterior de las *mucamas* y empleados de comercio que frecuentaban los bailes de las asociaciones galaicas. El ejemplo más característico sería *Manoliño*, camarero (*mozó*) de bar ignorante y maleducado, arquetipo de los miles de inmigrantes que andarían *fomentando con su estulticia el descrédito de España*. El desprecio, con todo, se revestía de un tono de paternalismo conmisericordioso: *¡Ab, Manoliños torpes, que, con vuestros primos y primas, sois causa de esta diferencia de apreciaciones! ¡Dios perdone a vuestra incultura el mal que causó a la Patria! ¡Y el que está causando!* (Sánchez Abal 1917: 28-32). Andrés Martínez Morás, por su parte, no podía evitar, pese a sus simpatías socialistas de juventud, describir la vida que llevaba como dependiente de comercio en una localidad del interior boanerense en la década de 1890 como *sistemática y monótona*, que amenazaba con conducir a los *primeros síntomas de aletargamiento intelectual* detrás del mostrador (Martínez Morás, 1903: 13).

2. ALGUNOS RASGOS COMUNES DE LAS AUTOBIOGRAFÍAS INDIVIDUALES DE POSGUERRA.

2a. *La partida y la tierra de origen: Huir de la pobreza*

Las autobiografías de los inmigrantes gallegos en la Argentina reproducen una serie de rasgos que, de modo genérico, son comunes a la mayoría de los relatos inmigrantes del Nuevo Mundo. La evocación de la sociedad rural que dejaron los emigrantes adoptaba en ocasiones una clave costumbrista y estereotipada, y en otras un enfoque tremendista. Los ecos del recuerdo oscilaban así en un mismo relato entre el tenebrismo y el folclorismo. Pero también acostumbraban a traducir moldes literarios en su trazado particular de tramas de significados, con tópicos recurrentes como el hambre y las familias numerosas, la figura de la madre que espera por el retorno del hijo o la figura de los recaudadores de impuestos (*trabucos*). Con todo, la edad

del individuo protagonista en el momento de emigrar parece ser un factor crucial en la conformación de la visión de la sociedad de partida, como también lo era el estrato social al que se perteneciese. Aunque no existe una relación automática entre la corta edad en el momento de llegar a la Argentina y la recreación idealizada de la niñez transcurrida en Galicia, los recuerdos de los miembros más jóvenes de la última oleada migratoria, la que tuvo inicio en 1946, suelen ir asociados con realidades menos duras que las de quienes partieron a una edad más madura.

El dolor de la despedida y la incertidumbre por el porvenir son, como era de esperarse, un elemento constante en las descripciones de la partida y del viaje (Bodelón, 1995: 11-5; Iglesias López, 2007: 168-9; López Santos, 2009: 58, 61; Sarria, 2009: 22-3). Distinta es la valoración del país que dejaron. J. Puga recordaba en su biografía colectiva las condiciones de partida, e insistía en el papel que jugaban en la emigración los mecanismos de transmisión de la información, en los que la solidaridad parroquial, pero también la vecindad física, era importante. Al mismo tiempo, sugería que no era indiferente el nivel de ingresos y la posición en la escala social de las distintas familias campesinas a la hora de poder emigrar, si bien Marce era una parroquia con un campesinado muy poco estratificado. También mencionaba los efectos, aunque tímidos, de la emigración en el Marce de las décadas de 1920 y 1930, que fueron patentes en la mejoría de la escuela pública local, el avance de las técnicas de cultivo, cierto influjo cultural de los retornados de la emigración, la generalización de una mayor higiene en las casas campesinas, etcétera; pero también el duro mazazo que supuso para la vida de las gentes de la parroquia la guerra civil y los tiempos de hambre y represión del primer franquismo, que se tradujeron en algunas represalias y *paseos*, la depuración del maestro local, y las consecuencias de la autarquía económica. De modo particular, señalaba igualmente la nueva *liberación* que la emigración supuso para los habitantes de Marce tras marzo de 1946, cuando la salida hacia Argentina, favorecida por la persistencia de las redes microsociales que vinculaban a esa parroquia con Buenos Aires, estuvo de nuevo disponible:

Se habían terminado las dos guerras. Dejábamos atrás nada menos que diez años de pasmosa pesadilla [...]. Muy pocos teníamos la seguridad de poder organizar un hogar, aunque sólo fuera como aquel traumático en que había (sic) crecido. Y comenzamos a ver entre nosotros una regular cantidad de autos que llamaban mucho la atención. [...]. Estos vehículos eran de paisanos que estaban en Argentina, Cuba, México y algún otro país de América. [...]. Era por el año 1946 o 1947 [...]. Pero aunque las dificultades se acumulaban, a nadie se le escuchaba elaborar planes, para imitar a la generación anterior tomando el camino de América. Hasta que sorprendentemente lo hizo el primero. [...] se vino con la mujer [...]. Y aquello fue como una chispa que inflamó un polvorín. Algunos ya se habían encarrilado con carpinterías, zapaterías y hasta sastrerías. [...]. Pero la euforia fue tan general que en el término de alrededor de cinco años, la gran mayoría de aquellos que nos habíamos conocido en las romerías y en otras actividades nos dimos cita en esta gran urbe. (Puga, 1988: 143-6).⁴

Francisco López Santos, inmigrante natural de Culleredo (A Coruña) que arribó a Buenos Aires con diez años, evoca bucólicamente en sus memorias el paisaje y el clima gallego, la familia y los amigos que quedaron allí, las fiestas propias del medio

⁴ Véase también Varela (1996: 47).

rural, y un largo etcétera (López Santos, 2009: 33-55, 80-87, 103-15, 121-23, 137-52, 171-72, 236), en un repaso que también encierra advertencias para quienes aún están por emprender el camino de la emigración (López Santos 2009: 76-77, 110). Del mismo modo, para la compostelana María Rosa Iglesias López, que llegó a la Argentina con casi cinco años, la percepción del cambio de mundo varió desde la alegría por el reencuentro con el padre a la incertidumbre que generaba en una niña la mudanza definitiva de residencia:

El viaje a Buenos Aires fue imaginado como una especie de paseo, un ir a buscar a papá para que luego la familia reunida regresara a casa. Pero a medida que pasaba el tiempo crecían la ansiedad y la terrible sospecha de que nunca nos marcharíamos. El momento de la verdad llegó el día en que oí a mis padres hablar de anotarme en la escuela (Iglesias López, 2007: 170).

En su caso, la corta edad en el momento de emigrar influyó poderosamente en una valoración tendencialmente más positiva, e idealizada, de la vida en Galicia y, por lo tanto, en un mayor énfasis respecto de lo que perdieron con la partida (el paisaje familiar, los afectos y, en definitiva, la inocencia de la infancia). Por el contrario, en los relatos de quienes abandonaron el país habiendo pasado ya su adolescencia y primera juventud, está muy presente la visión de las limitadas posibilidades que ofrecía para sus expectativas de progreso individual la gris realidad rural de las décadas de 1940 y 1950, con sus cartillas de racionamiento y escasez autárquica. Al respecto, resulta sumamente descriptivo el cuadro que pinta Luis Varela, octavo hijo de una familia de campesinos de Malpica de Bergantiños (A Coruña), en sus memorias:

No teníamos agua corriente, ni electricidad, ni baños. [...] El agua para los animales la sacábamos del río que bordea la huerta, y la fuente de agua potable estaba a unos 150 metros. El "cagadoiro" era un refugio cerrado, con piedra, al lado del pajar [...].

Como última tarea de la jornada, teníamos que matar seis o siete pulgas cada uno, lo que a mí me resultaba muy fácil buscándolas en el orillo de las sábanas. Además, en mi cama se ve que había un buen criadero. [...] mis hermanas limpiaban mucho la casa, pero aquellos pisos y divisiones de roble apollillados, y parte de la planta baja ocupada por los animales, era un excelente hábitat para los bichos [...].

De a poco iba España saliendo de la miseria. Fantásticas romerías se organizaban por toda Galicia [...]. Y como puede comprender, un pueblo que canta y baila es un pueblo feliz, por si es cierto que son sólo de pan vive el hombre, tampoco se vive sólo de baile. Yo era un buen bailarín, pero mi capacidad y posibilidades para ganarme el pan en Galicia eran escasas. [...]. (Varela, 1996: 14-15, 20, 45)

Con todo, el malestar frente a la miseria, los racionamientos y las requisas de ganado y productos agrícolas de las Juntas de Abastos no impedía a más de un emigrante socializado en el primer franquismo confesar que, en parte por falta de información, no estaba disconforme con el régimen y con Franco.

Veníamos de convivir con el franquismo, pero yo nunca me di cuenta de que Franco era un dictador. Pertenecíamos a una familia muy católica y eso era sinónimo de franquista [...]. Éramos amigos del cura y de la guardia civil, y aunque yo de política no entendía absolutamente nada, igual aplaudía los discursos del Caudillo. [...] Por las buenas o por las malas, blancos o rojos, obedecíamos al pequeño gigante aunque nos matara de hambre. Había que pagar las

consecuencias de la guerra y sin protestar. En Galicia éramos la gran mayoría franquistas y estábamos orgullosos de haber ganado la guerra. Si este era el premio de los ganadores, el botín fue bien escaso. (Varela, 1996: 51)⁵

En otros casos más, como en el de Manuel Sarria (hijo de una familia campesina de Vilamarín, Ourense, nacido en 1931), el panorama no era tan sombrío. Y la emigración, en su caso, no se presentaba como una respuesta desesperada a necesidades acuciantes. Desde 1945, Sarria se encontraba afincado en la ciudad de Ourense, donde regenteaba una tienda de ultramarinos que marchaba razonablemente bien. Su partida hacia la Argentina, según su propia confesión, tuvo más que ver más con los avatares de su vida amorosa que con inexistentes urgencias económicas, o con una sensación general de insatisfacción por el tipo de vida que llevaba (Sarria, 2009: 15-21).

2.b. La importancia de las redes sociales

Como ya señalamos, las autobiografías son historias de éxito y superación personal. Los emigrantes parten de una tierra dura y en la que las expectativas de éxito son reducidas. No obstante, en esos relatos no siempre el individuo es un aislado agente heroico que toma decisiones que se sobreponen a su destino infausto. Siempre aparece reflejado un factor: la importancia de las redes sociales, de los familiares y convecinos. Salvo los primeros pioneros del siglo XIX, que se autorretrataban emigrando en barcos de forma clandestina y como polizones, como fue el caso de Manuel Suárez Martínez, quien se embarcó clandestinamente desde Cádiz en 1864 (Suárez García, 1942), ya desde finales del siglo XIX el papel de las cadenas migratorias era señalado como un mecanismo posibilitador fundamental. Así ocurre en el caso de Andrés Martínez Morás (Martínez Morás, 1903), que contaba con parientes emigrados en el país austral y que correspondía al tipo de emigrante con cierta cualificación —hijo del impresor galleguista Andrés Martínez Salazar—; o del periodista José R. Lence, arribado primero a Montevideo, con el fin de hacer carrera en las letras y la prensa sudamericana (Lence, 1945).

En la autobiografía colectiva de J. Puga sobre los naturales de Marce en Buenos Aires se puede hallar una vívida y detallada reconstrucción de los mecanismos de la emigración en cadena. Ésta empieza con un pionero que llega a la urbe porteña a fines del siglo XIX y se establece con éxito en el ramo de la fabricación de bolsas. A partir de ahí, tiene lugar la progresiva arribada de diversos miembros de grupos familiares de la parroquia que se dedican a prácticamente lo mismo que el pionero, empleándose en su fábrica y después estableciéndose por su cuenta; y la diversificación y ramificación de actividades (cobradores de tranvía, taxistas...) conforme avanza el siglo XX. Acaso porque intenta una valoración global de la inserción socioprofesional de todo su grupo parroquial, el texto de Puga nos muestra un panorama más amplio de lo que era usual entre las autobiografías de inmigrantes gallegos, generalmente redactadas por miembros de la élite inmigrante o, a lo sumo, por comerciantes

⁵ Véanse también las opiniones del mismo autor a propósito del servicio militar (Varela, 1996: 42-43).

y personas que desempeñaron oficios relacionados con el sector terciario. Entre aquellos migrantes de Marce que antaño, en tiempos de la emigración en masa de 1880-1930, se habían caracterizado por su fuerte especialización en el ramo de la fabricación de bolsas, y también por una significativa participación en las labores rurales, cundió la convicción de que los servicios urbanos y, más tarde, los transportes eran un nicho laboral atractivo, como así se puso de manifiesto en su progresiva diversificación de ramos de actividad a partir de la década de 1930:

Ya nadie pensó en hacer la cosecha soportando las duras inclemencias. [...] Ahora todo se movía en Argentina y conseguir trabajo era una bicoca. E incluso después que adquirimos algún dominio hasta nos permitíamos el lujo de cambiarlo por otro que nos parecía mejor. [...]. Muchos de nosotros, sin duda estimulados por los que estaban, entraron en los tranvías. De cobradores y en los talleres. Y algunos, más tarde, todavía llegaron a ser conductores [...]. Otros empezaron colocándose en los automotores de transporte urbano, también de cobradores y en los talleres. Y al disolverse el ente [la Corporación de Transporte de la Ciudad de Buenos Aires] pasaron a formar parte de las nuevas líneas que fueron surgiendo. [...]. Hoy muchos paisanos y algunos asturianos son presidentes en aquellas líneas.

También hubo muchos que se dedicaron a ser taxistas [...].

Ya muy pocos optaron por ser almaceneros y casi ninguno bolsero. Pero como los anteriores probaron con todas las actividades, panaderos, lecheros, ferreteros, carniceros, sastres, carpinteros, peluqueros, etc. [...].

Enseguida después de llegar, apenas relacionarse con el ambiente [gastronómico], unos y otros [gallegos y asturianos] se largaron a establecerse por cuenta, algunos ya tenían parientes en el ramo. [...].

También se dedicaron a los boteles, sobre todo a los que se alquilan por hora. [...].

Pero además [...] Hay que agregar la gran cantidad de los que trabajan de obreros en muchas de las actividades, sobre todo en fábricas. [...].

Algunas [de las mujeres de la última oleada] ya llegaron casadas acompañando al marido, pero otras lo hicieron solteras, a veces jovencitas. Con todo no supe de ninguna que tratara de trabajar de sirvienta. [...] Muchas empezaron en fábricas de tejidos, muy prósperas entonces, y algunas siguieron allí incluso después de casadas hasta la jubilación. Otras entraron en fábricas de cigarrillos. En industrias que elaboraban jabón. En tintorerías industriales, etc. Y hubo alguna que después de un corto aprendizaje, hizo indumentaria a domicilio, para casas mayoristas. (Puga, 1988: 151-55, 157)

Ello ilustra la extrema maleabilidad de las redes de integración socioprofesional de los emigrantes, su reactivación en el largo plazo —las “cadenas dormidas”— y su capacidad de readaptación a circunstancias cambiantes. Era, además, una red que permitía diferentes opciones, limitadas pero existentes. De hecho, en las autobiografías individuales de la segunda posguerra, los mecanismos posibilitadores que hicieron viable el cruce transoceánico fueron los mismos de la etapa anterior. La presencia de cabezas de puente en diferentes puntos de América (y de la Argentina en particular) contribuyó a crear, desde mucho antes de que esta última oleada migratoria tuviese lugar, un denso tejido de redes microsociales que conectaban las aldeas más remotas del interior de Galicia con los diferentes barrios y localidades del área metropolitana de Buenos Aires. Esas redes, que podían permanecer hibernadas durante décadas y reactivarse cuando las circunstancias macropolíticas volvían a favorecer la emigración en masa, proporcionaban de manera bastante precisa información sobre las posibilidades de trabajo y salarios en el lugar de destino, y también

tiraban de otros emigrantes para proveer (a través de vínculos familiares, parentales o de vecindad) de mano de obra económica y de confianza, los negocios y nichos laborales de los emigrantes (De Cristóforis, 2008).

Los testimonios autobiográficos acostumbran a insistir en la importancia de la colonia ya radicada en la Argentina, que proporcionó las herramientas legales para poder emigrar (como las omnipresentes “cartas de llamada”, y los contratos de trabajo, fuesen verdaderos o ficticios), y muchas veces también las económicas. Julio Bodelón Blanco (1926), natural de Vilalba (Lugo) rememora:

Me vi con veinte años, y llegó el servicio militar. [...] Por aquellos tiempos comencé a soñar con la emigración. En la Argentina se hallaban mis padrinos de pila con quienes mantenía relaciones postales. Ellos me animaron a decidirme a cruzar el Atlántico y probar suerte. Al fin y al cabo, con ellos allá, no me sentiría sólo, aun cuando no los conocía personalmente. Como todavía me encontraba cumpliendo el servicio militar, la idea la recogió mi hermano Modesto, tratando de ser reclamado por mi padrino Jesús, para, más tarde reclamarme a mí. Así se hizo. Al cabo de un año y medio de estancia de mi hermano en la Argentina, me encontraba yo libre de mis obligaciones militares, y me apresuré a contactar con mi hermano, para que cuanto antes procediese a mi reclamo. [...] En julio de 1951 recibí el pasaje de parte de mi hermano Modesto. (Bodegón, 1995: 9-11)

En cuanto a Manuel Sarria, tras la conmoción sufrida por el supuesto embarazo de una novia que tenía en Ourense, se *refugió* en Santiago de Compostela, donde fue acogido por un tío. Allí comenzaría a gestarse la idea del viaje a Buenos Aires, que finalmente se concretaría a fines de 1951, gracias a un familiar cuyo apoyo no había previsto:

Mi buen tío mostraba ejemplos de varios conocidos que habían viajado a Sudamérica y que en aquellas tierras habían prosperado lo necesario como para enviar, a sus parientes españoles, buenas cifras de dinero. Las tramitaciones para llevar a cabo de deseo de viajar no eran pocos por cuanto se necesitaba alguna persona allegada que, además de estar viviendo en Argentina convocase al pariente, asegurase que tenía una ocupación real y que, además, se responsabilizase por la presencia de un menor de 21 años. El primer intento lo realiza mi padre a través del primo Saturnino, que hacía varios años se había afincado en Buenos Aires. Comienzo a gestionar toda la documentación necesaria y, al viajar hasta Gual para lograr unos certificados, encuentro a mi tía Mariuja —bermana de mi padre— recién regresada de Buenos Aires. Pone en duda que Saturnino envíe la solicitud pero me asegura que ella misma haría el reclamo pertinente. Pasaban los días, las semanas, los meses y... el cartero no tocaba el timbre de mi casa. [...] Pero un día que nunca olvidaré se asoma el cartero a mi negocio, pronuncia mi nombre, deja un sobre bien voluminoso, donde mi queridísima Tía Mariuja enviaba toda la documentación necesaria e incluso el pasaje marítimo. (Sarria, 2009: 21-22)

A su vez, sería Manuel quien *tiraría* de sus parientes cercanos aún radicados en Galicia, hasta que todo el grupo familiar volvió a reunirse en la orilla occidental del Plata (Sarria, 2009: 45). Por su parte, cuando Darío Rivas Cando, antiguo residente en la Argentina que había llegado al país a principios de la década de 1930, regresó en 1952 por primera vez a su parroquia natal de Castro de Rei (Lugo), observó que la *fiebre* por emigrar afectaba a buena parte de sus antiguos vecinos y familiares, que le pedían que les llevase con él:

Mucha gente quería irse a América, convencidos de que encontrarían una buena situación. A algunos les prestamos dinero para hacerlo, como en el caso de una mujer de Loentia, en situación de mucha pobreza, para que pudiera reunirse con su marido llevándose a sus hijos. [...] En mi misma familia, mi hermana Silvina quiso venirse con nosotros. Se encontraba bastante sola y el habernos tenido en su casa le animaba para tratar de buscarse la vida al otro lado del océano. Junto a ella, una de mis sobrinas también nos transmitió su deseo de venirse con nosotros [...]. (Rivas Cando 2008: 51)

La reconstrucción por parte de J. Puga de los mecanismos de sociabilidad de los procedentes de la parroquia de Marce en la capital argentina corrobora en parte la impresión transmitida por los epistolarios, en particular la ausencia de *barrios étnicos* en el sentido norteamericano del término, aunque sí núcleos relativos de proximidad en distintos puntos de la ciudad de Buenos Aires, en este caso, de originarios de la misma parroquia. También nos muestran la progresiva distribución de los nativos de Marce por la capital argentina hacia la periferia, siguiendo las líneas de tranvía y después de *subte*, pero asimismo la búsqueda de *lotes* —parcelas de terreno edificable— baratos. Puga nos ilustra en su relato la existencia de un patrón de asentamiento sin un núcleo definido y básicamente suburbano, donde se mencionan localidades correspondientes a los municipios de La Matanza, Quilmes, San Fernando, José C. Paz (ya en el segundo cordón del conurbano), y aun otros más alejados (Puga, 1988: 152, 217).

Apenas llegar los argentinos nos decían que el extranjero que se acostumbraba a tomar mate, ya no pensaba más en el retorno. Los paisanos decían que el que no volvía era el que ser armaba de la casa propia. [...] Improvisar una vivienda, relativamente confortable, [...], si no se tenían muchas pretensiones, y uno se daba algo de maña y estaba dispuesto a arrimar el hombro, era relativamente simple. Las intermediaciones se prestaban para ampliar el área a urbanizar [...].

Nosotros al vivir cerca de la [Avenida] General Paz, pronto fijamos la atención en Lomas del Mirador. Lindaba con la capital y los terrenos [...] eran relativamente baratos. [...] En materia de construcción nosotros también llegábamos huérfanos de conocimiento [...], armados de coraje y mucho entusiasmo, la mayoría de los que llegamos no sólo de Galicia, si no (sic) de Italia, de las provincias argentinas y de muchos otros lugares, nos encontramos allí, persiguiendo y dando forma, al codiciado techo. [...] surgieron así muchas de las casas que sustituyeron a los caballos y a las perdices. [...]. Y alguno de aquellos edificios se levantaron sin siquiera la formalidad del plano. Después, periódicamente, el municipio sacaba una amnistía para la incorporación de las construcciones clandestinas, y el problema se solucionaba sin mayores problemas. (Puga, 1988: 171-3).

Asimismo, Puga subrayaba el hecho de que eran los bailes y actividades de la sociedad de emigrantes de Marce los que contribuían a que los emigrantes mantuviesen contacto, desde la década de 1930, no un producto de la concentración residencial o profesional de los inmigrantes. Dicho de otro modo, nos muestra cómo la *comunidad* era resultado de la *asociación*, y no al revés. Algo que también se expresa en las fuentes epistolares (Núñez Seixas y Soutelo, 2005), y que ilustraba a su modo el carácter construido de los lazos sociales recreados (que no mecánicamente *trasplantados*) en la emigración.

2.c. El sueño del progreso y sus pesadillas.

Las autobiografías insisten en que el éxito en la Argentina sólo se obtenía merced al trabajo duro, a la perseverancia y a las virtudes positivas del estereotipo étnico que acostumbraba a ser de consumo interno en la colectividad galaica. Y en el que la Argentina se presentaba, sobre todo en las biografías decimonónicas, como una tierra de oportunidades y en construcción. Esa valoración siguió presente en la segunda posguerra. El examen de los recorridos individuales, tal y como son reflejados en las autobiografías, revela éxitos notables en la búsqueda del ascenso social. Manuel Sarria comenzó barriendo suelos y lavando copas en el bar de otros inmigrantes procedentes de su misma parroquia de Reádegos (Vilamarín, Ourense). Pasó luego a desempeñarse detrás del mostrador de otro café, pero tras sólo dos semanas se empleó como camarero en el por entonces prestigioso Hotel Colón, propiedad de otros gallegos. *No paraba de trabajar, pero los frutos estaban allí, en buenas remuneraciones y mejores propinas, deudas saldadas y enfrentando un horizonte de prosperidad.* Eran los primeros peldaños de una carrera que lo llevaría a pasar de empleado a propietario, y a ocupar los puestos más altos dentro del gremio de los empresarios gastronómicos. A fines de 1952 se anunció el cierre del Hotel Colón, y la compra de su salón y cocina por parte de la afamada confitería *Los Dos Chinos*. Aunque algunos empleados fueron despedidos e indemnizados, Sarria no sólo conservó su trabajo, sino que al poco tiempo se convirtió en el encargado del turno de tarde, con más de veinte personas bajo su responsabilidad. Seis años después se incorporó como socio al negocio, y un lustro más tarde era presidente de la sociedad. A lo largo de los años siguientes llegaría a ser también el presidente de la Asociación de Hoteles y Confiterías y de la Federación Empresaria Hotelera Gastronómica de la República Argentina, en una carrera empresarial por lo general señalada por el éxito. Empero, en la década de 1990, el avance del neoliberalismo económico y la apertura indiscriminada del mercado argentino socavarían buena parte de los logros de su empresa (Sarria, 2009: 26-28, 33, 48-50, 56-72, 90-111, 122-31, 142-43, 150-81).

Otros testimonios, en cambio, dan cuenta de una realidad menos espectacular. Una mayoría silenciosa de los que emprendieron la aventura de la emigración sólo alcanzó un éxito relativo en relación con sus expectativas. Es, por ejemplo, el caso de Julio Bodelón. De origen campesino, llegó a Buenos Aires en 1951 con 25 años y, al igual que en el caso anterior, comenzó su recorrido laboral empleándose en el bar de unos inmigrantes gallegos a tres *cuadras* del Congreso de la Nación. A finales de ese mismo año pasó a desempeñarse en un restaurante de la cercana calle Montevideo. Si con el primer empleo logró devolver a su hermano el importe del pasaje en barco y adquirir algo de ropa, con el segundo —gracias, en buena medida, a base de privarse de todo aquello que no fuera esencial— comenzó ya a ahorrar algo de dinero. Asociándose con su hermano y un amigo español compró en junio de 1953 un bar-restaurante en Caballito, y aunque la sociedad se deshizo a comienzos de 1958, el dinero ahorrado le permitió retornar por primera vez de visita a Galicia. De regreso en Buenos Aires, inició en sociedad con otros dos paisanos un nuevo emprendimiento gastronómico en el barrio de La Paternal, en el centro-norte de la urbe, donde permaneció hasta 1961. No obstante el buen funcionamiento del negocio, decidió desprenderse de su parte del mismo y probar suerte como taxista, para lo que adqui-

rió un vehículo a estrenar. Sin embargo, en 1962, y a poco de comenzar su periplo en la profesión, optó tras sufrir un accidente de tránsito por vender el coche y volcarse en el ramo de la hostelería, adquiriendo un pequeño hotel en el barrio de Balvanera. Empero, tampoco duraría mucho en esta nueva actividad. En 1965 se deshizo apresuradamente de la propiedad y regresó a Galicia para ocuparse de sus ancianos padres. Poco tiempo permaneció en el solar natal, pues al poco tiempo decidió partir para probar suerte en Alemania. En 1969 regresó una vez más a la Argentina, recomenzando sus actividades laborales con una tienda de ultramarinos, que luego cambió por un supermercado en la zona norte de la ciudad:

Mi economía iba en aumento. Vendí el negocio de [Villa] Urquiza, y compré una casa en el popular barrio de Belgrano. El inmueble constaba de un buen bajo comercial más la vivienda. Mi ambición empresarial parecía haber llegado muy alto a mediados del año 1974. Se trataba de una esquina, Ciudad de la Paz y Manuela Pedraza. Allí vendíamos juguetería, mercería y libros, con material escolar. [...]. Nuestro horario laboral era ya el ordinario, cerrando los domingos, para descansar. (Bodelón, 1995: 93-4)

No obstante, a partir de entonces sus modestas iniciativas se enfrentaron una y otra vez con un contexto económico desfavorable sobre el que no podía influir. Y es que el milagro argentino llegaba a su fin, y la economía del país entraba progresivamente en caída libre. Primero, una súbita y brutal devaluación de la moneda nacional (el *rodrigazo* —así llamado por ser obra del ministro Celestino Rodrigo— de 1975) fundió buena parte de sus ahorros, obligándolo a abandonar el negocio y a vender su coche. Se asoció entonces con unos amigos para montar un nuevo negocio gastronómico frente al Parque Chacabuco, pero la experiencia no dio buenos frutos. Regresó al taxi, y más tarde se desempeñó como repartidor de una fábrica de material deportivo. A principios de la década de 1980, después de vender su casa y con el dinero resultante de la operación aún sin invertir, una nueva devaluación del peso lo colocó al borde de la bancarrota. En ese contexto, Bodelón decidió emprender el regreso a Galicia, donde reside desde comienzos de 1981, combinando las actividades propias del medio rural con la venta de pescado a domicilio (Bodelón, 1995: 17-31, 39-48, 55-78, 87-120).

Tanto en las biografías de éxito como en las más modestas se refleja la nostalgia por un ideal de progreso, la existencia en el pasado de una sociedad de oportunidades abierta para todos. Una suerte de *sueño argentino*. Desde fines del siglo XIX la Argentina fue articulando sucesivos ciclos de crecimiento separados por crisis que, vistas en perspectiva, fueron superadas de manera satisfactoria. Esas etapas de prosperidad hicieron posible altas tasas de movilidad social ascendente hasta mediados de la década de 1970. La sociedad argentina mostraba además una gran capacidad de integración, y un carácter —al menos para los inmigrantes europeos— básicamente igualitario (Romero, 2003). Por ello, en los años de la última oleada migratoria gallega, conseguir un trabajo era algo relativamente sencillo. Así lo expresaba J. Puga en sus memorias publicadas en 1988:

Cuando llegamos la colonia de paisanos era muy grande. [...]. Y todos resueltamente decididos a quedarse por toda la eternidad. Ninguno de ellos hablaba del retorno. [...]. Nosotros [...] también llegamos con el decidido propósito de imitar a los que estaban, quedándonos para

siempre. Más cuando nos relacionábamos y descubríamos las ventajas que nos proporcionaba Argentina. Incluso vivir en una ciudad de la jerarquía de Buenos Aires. Nos entusiasmaba el que aquí podíamos disponer de un hogar, educar los hijos sin separarnos de ellos, y disfrutar de muchos otros beneficios, que en la aldea ni soñábamos (Puga, 1988: 159-60).

Pero el sueño argentino no estaba exento, aun en sus mejores años, de pesadillas episódicas y recurrentes, cuyo final feliz no siempre se da por supuesto. Esto distingue a buena parte de estas autobiografías de la tónica dominante en los relatos procedentes de los grupos inmigrantes en Canadá o en los Estados Unidos. Pues, en líneas generales, estas autobiografías de la segunda posguerra coinciden con el patrón señalado para el conjunto de los migrantes europeos que se instalaron en la Argentina en dicho período (Devoto, 2003: 421). Éxito en el corto plazo, cuando consiguieron alcanzar posiciones laborales estables en oficios manuales y en muchos casos no manuales, se convirtieron en propietarios de las casas que habitaban, accedieron a los servicios del peculiar pero efectivo Estado del Bienestar argentino y pudieron, en sentido amplio, engrosar las clases medias urbanas. Sin embargo, en el largo plazo, las recurrentes crisis económicas y la inestabilidad política del país se encargarían de amenazar sus ahorros y de poner en riesgo el status social conquistado, tanto para los inmigrantes como para sus hijos.

El desequilibrio que a partir de la década de 1980 empezó a existir entre las condiciones de vida de la tierra de origen, cuyo proceso de auge económico fue imparable, favorecido además por una larga etapa de estabilidad política, y las dificultades de quienes habían emigrado y experimentaron un deterioro progresivo de sus conquistas sociales iniciales en el corto plazo, condiciona también la perspectiva de varias autobiografías —e igualmente del relato de sus testimonios orales (Fernández Vicente, 2004: 369-87)— redactadas por los inmigrantes gallegos en la Argentina. Es una historia que trata de justificar el por qué se fueron cuando se fueron, y que apela a los vínculos familiares forjados en el nuevo país para explicar por qué no volvieron. Una conciencia de fracaso planea sobre ellas, la idea de haber tomado, en el fondo, una decisión equivocada —emigrar a un país entonces prometedor y después de futuro siempre incierto, como Argentina— y, por tanto, una insatisfacción permanente que halla su expresión en una nueva lectura de la nostalgia.

2.d. La política argentina y el peronismo

A las pesadillas del sueño argentino no sólo corresponden las crisis económicas o la inestabilidad monetaria y financiera. También la política es parte de él. Ya desde principios del siglo XX, las más conscientes autobiografías no dejaban de presentar algunos rasgos menos amables del progreso argentino, en particular las memorias, como las de José Suárez Martínez, ambientadas en una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires como Tandil, escenario todavía de *malones* (incurSIONES indias) en la década de 1860 y situadas cerca de la frontera hasta la campaña del desierto del general Roca (1879). No era Argentina un país de democracia modélica, y sus pobladores del interior eran a menudo descritos como criollos de costumbres bárbaras, como se evidenciaba en algunos relatos autobiográficos críticos con el mito del

*progreso argentino*⁶. Con todo, para los inmigrantes de la Argentina del primer tercio del siglo XX la política nacional no era objeto de mucha preocupación. La indiferencia hacia una esfera que no les exigía adquirir la ciudadanía y ejercer su voto para disfrutar de los beneficios del Estado social constituía la conducta predominante. Y la neutralidad exquisita era igualmente la tónica, incluso en las autobiografías de líderes y notables de la colectividad gallega, como el periodista José R. Lence (1945), que únicamente mostraba veladas simpatías por la Unión Cívica Radical y la presidencia de Hipólito Yrigoyen, y un silencio muy calculado a partir de su ocaso.

Ese rechazo hacia algunos aspectos de la política argentina, sin embargo, aumentó de modo exponencial en la segunda posguerra. Ahí entró en juego un nuevo actor: el peronismo. Un movimiento que no ignoraba a los inmigrantes, y que tampoco los inmigrantes se podían permitir ignorar. Primero, porque su legislación social afectó de modo directo a los intereses de buena parte de la nueva clase media, estrato al que había ingresado, si no la mayoría, al menos la parte más visible del colectivo inmigrante galaico. Segundo, porque el peronismo suponía la irrupción en la política de las masas obreras autóctonas, que amenazaron los mercados de trabajo étnicos pseudoprotegidos que hasta entonces habían garantizado la retroalimentación de las cadenas migratorias. Una vez más, las fuentes analizadas presentan un cierto sesgo social, pues la mayoría de ellas fueron escritas por pequeños propietarios. Esto, indudablemente, introduce una considerable distorsión, ya que no contamos con testimonios de personas que hubieran trabajado toda o la mayor parte de su vida en una situación de dependencia, ya sea en el sector secundario o terciario de la economía.

Resulta evidente al recorrer las diferentes biografías y testimonios que sus autores no eran miembros de las clases pudientes. Aun así, el peronismo como movimiento político y sindical, su *cultura del trabajo y de los deberes* y en particular las figuras de Perón y *Evita* son mayormente objeto de acerbas críticas. Pocas veces se mencionan las conquistas sociales promovidas por los dos primeros gobiernos de Perón, que también obraron efectos sobre los sectores populares del colectivo inmigrante (Varela, 1995: 53, 59, 63, 74-75; Iglesias López, 2007: 171; Rivas Cando, 2008: 41, 54; Sarria, 2009: 45-46, 112-15, 203-05). Pero el aparato sindical peronista no despertaba simpatías, en parte por sus tácticas intimidatorias hacia los recién llegados, en los inmigrantes. Así rememora Manuel Sarria (2009: 38-39) su primer contacto con el sindicalismo peronista, cuando entró a trabajar en una confitería:

Apenas habíamos ingresado en 'Los Dos Chinos' todos los nuevos trabajadores fuimos citados por el gremio gastronómico, donde se nos "recomendó" a los nuevos empleados que no hagamos interferencias con la actividad de los "viejos" porque ellos resultaban perjudicados. Intenté poner las cosas en claro, porque esa afirmación era un error, pero el Secretario de Relaciones Laborales del sindicato impidió mi intervención. Llegó a decir que la voz del sindicato era la voz de Perón y que "Perón es el segundo Jesucristo en la Tierra". Tamaño disparate me convenció de que lo mejor era no confrontar con esa barbaridad y lo aconsejable era seguir trabajando sin interesarme en la política. Cerrando este recuerdo, debo consignar que al personaje mencionado que me impidió hablar, fue encarcelado con graves cargos como "estafas reiteradas" y "cobecho" (coimero, en el idioma popular).

⁶ Vid. por ejemplo el irónico libro del republicano valenciano emigrado Gastón de Urgel (1913).

La estigmatización del peronismo alcanzaba su cénit, sobre todo, entre los pequeños propietarios inmigrantes de comercios o de establecimientos artesanales, que a menudo habían invertido en esos negocios los ahorros de media vida de trabajo. María Rosa Iglesias López pone en boca de la protagonista de su novela inédita *La voz imperfecta* algunos párrafos que revelan la opinión de la autora (a través de su *alter ego*, Aurelia) sobre el impacto del peronismo y su culto a la personalidad del líder en la escuela, el trabajo y la vida cotidiana, así como la reacción de su madre (Mercedes) y sobre todo de su padre, empleado y pequeño propietario después del sector servicios, ante la legislación social del régimen peronista y, en particular, sus métodos sindicales coactivos. El rechazo a los *perucos* era también un temor a caer en la escala social, y sintetizaba los prejuicios de los inmigrantes hacia los criollos: el fascismo *de milonga* propio de una sociedad nativa tendencialmente indolente y propensa a creer en falsas promesas. La expresividad del párrafo disculpa su extensión:

En el aniversario de la muerte de Evita, la maestra pidió que llevaran flores para su retrato y Aurelia estuvo tentada de cortar algunas margaritas pero Mercedes se lo prohibió. “A nosotros ni Perón ni Eva nos dan de comer”, dijo con sereno orgullo. [...].

— ¿Y tus flores? — preguntó torva, la maestra.

Aurelia no supo qué contestar. ¿Delataría a Mercedes? ¿A su padre que criticaba a Perón tildándolo de “sinvergüenza, el que engaña a la gente, el que roba a los que trabajan para mantener atorrantes y adulones”? Cuando papá se desbocaba, Mercedes acudía contrita: “Aureliña por Dios, no digas a nadie que papá no es peronista, por Dios, que nos pueden hacer mucho daño” ¿Por qué si su padre tenía razón? “Son fanáticos Aureliña, hay que cuidarse de ellos”.

— ¿Por qué no contesta? Se olvidó de pedirle flores a su madre ¿eh? ¡Atención niños!, Aurelia ni siquiera trajo una flor, ¡una flor!, ¿se dan cuenta?, para el retrato de esta santa que vivió y murió por los pobres. ¡Aurelia que habita en este bendito suelo que acoge a los desamparados del mundo!...

Terminado el discurso y zamarreándola por el brazo, la obligó a ponerse de pie ante la mirada despreciativa de sus compañeros y siguió vociferando mientras la niña procuraba entender la causa por la que su obediencia a Mercedes la expusiera como a una ladrona. “¡Mira Aurelia, mira cuán grande es la soberbia de esta gente!— Mercedes señalaba los desperdicios blanqueando sobre la vereda—. Apenas tienen para estudiar y vestir decentemente a los hijos, ni para llevarlos al médico. Se limpian el culo con papel de diario y esperan la limosna del gobierno... ¡Y tiran el pan! ¡Ay, cuánto lo necesitamos cuando la guerra!... [...].

¿Por qué no eran como los que tenían la foto de los “Perones” que salían a la calle cuando pasaban las bordas cantando la “marcha” o el “San Perón”? Su padre cerraba la puerta, pero era inútil, porque los vecinos atronaban exaltados.

“Perón, Perón, qué grande sós. / Mi General, cuánto valés”.

Su padre estallaba en quejas:

— Hoy vinieron los inspectores a pedir coima. ¡Porque no estamos afiliados al partido nos tratan como a delincuentes! [...].

Otro día llegó el padre, derrumbado de cansancio.

- Tuve que darle el franco al peón para que fuera a dar vivas a Plaza de Mayo. Estuve dieciséis horas, yo solo, para terminar a tiempo el aparador mientras ese papanatas hacía payasadas para el gobierno. [...].

Un año después, Perón abandonó a los pobres rumbo al exilio. [...]. La directora de la escuela les explicó que ya no servía el libro de lectura, que estaba prohibido llevar “material de propaganda del régimen” y mencionar al “tirano”. “¡Pero qué dice...! ¡La semana pasada ella misma nos hizo rezar por la salvación del gobierno!”. Aún habría de presenciar varias escenas dramáticas. Ninguna la impactó como la del hombre que se lamentaba a gritos: “¿Por qué se fue

Perón, por qué?”. “¡Cállese!”, le había gritado el chofer del ómnibus sin que nadie saliera en su defensa (Iglesias López 2005: 28-30).

2.e. Ser gallego en la Argentina: No siempre era fácil

Otro aspecto que ensombrecía a veces el paraíso argentino era el permanente menosprecio del que los inmigrantes gallegos se consideraban víctimas. La hispanofobia que seguía latente en la opinión pública argentina, y que daba lugar a conflictos aislados y brotes periódicos con motivo de la celebración de las fiestas patrias argentinas (cada 25 de mayo o cada 9 de julio), o bien de las guerras libradas por España en el continente americano en la segunda mitad del XIX (desde la Guerra del Pacífico hasta la segunda guerra de Cuba), también hacía pasar momentos amargos a los inmigrantes. Y más si eran gallegos: el estereotipo étnico negativo hacía entonces su aparición, y la etiqueta minusvalorativa se convertía en una suerte de acompañante molesto del ascenso social del inmigrante exitoso. Ya el compostelano Manuel Suárez Martínez narraba en su autobiografía cómo en 1866 tuvo un serio enfrentamiento con su patrón uruguayo y con el comandante militar mulato de Tandil, a causa de la costumbre de aquéllos de mofarse del joven inmigrante como *galleguito cócora*, recordándole que en la Guerra del Pacífico Chile y Perú estarían machacando a los *gallegos* (Suárez García, 1942: 47).

La valoración de los inmigrantes gallegos por parte de la sociedad argentina, y su mirada acerca de sí mismos y sobre el país de recepción, constituye un tema ya bien transitado por la historiografía galaicoargentina (Núñez Seixas, 2002; Lojo, Guidotti y Farías, 2008). Las autobiografías de los emigrantes durante el siglo XX constituyen una fuente privilegiada para rastrear estas cuestiones desde la perspectiva de las propias *víctimas* de la imagen elaborada por otros. En ellas es posible localizar varios ejemplos de situaciones en las que sus protagonistas se sintieron menospreciados, o así al menos lo recordaron e interpretaron, por el mero hecho de ser gallegos. Demuestran la existencia de un estado de hipersensibilidad ante las manifestaciones externas que, ya sea en el ámbito laboral, la calle o la escuela, verbalizasen menosprecio social.

En las autobiografías noveladas ese lamento amargo aparece de modo esporádico, pero constante. En su relato *Cómo pervirtieron a Palleiros* Nicasio Pajares describía con ironía sangrante a la comunidad inmigrante gallega en Uruguay. Pero la reacción desmesurada frente al difuso prejuicio antigallego se simboliza en el repentino desenamoramiento del protagonista, un joven inmigrante gallego en Montevideo, de su novia uruguayo cuando ésta respondió —en broma— a su petición de matrimonio que *me dará ‘vergüensa’ casarme contigo [...]. Porque sós ‘gayego’*. Aunque su amada le juró y perjuró a continuación que sólo era un chiste, el protagonista posee a su amada *sin escrúpulos de conciencia*, embriagado de una sensación casi física de malestar, hasta el punto de abandonar Uruguay al día siguiente y establecerse en la Argentina (Pajares, 1931: 203-04). José R. Lence relataba en sus memorias la sorpresa de los periodistas porteños, a principios del siglo XX, ante su insistencia en presentarse siempre como gallego, y asimismo cómo, al definirse como tal ante la hija de un inmigrante acomodado, ésta reaccionó con asombro e indignación (*¡Gallego! ¡Por Dios! No diga usted eso*),

ignorante como era de la propia galleguidad de su padre, quien había ocultado durante décadas su lugar de nacimiento a su familia y descendencia porteña (Lence, 1945: 165-67).

No se trataba, empero, de una discriminación social en el sentido propio del término. Los gallegos no se vieron afectados en sus posibilidades de movilidad social ascendente por su origen étnico. Pero sí constituía una sentida minusvaloración simbólica, que ponía en evidencia el contraste existente entre la autoimagen del colectivo inmigrante y el lugar que le otorgaba la propia jerarquía étnica de la sociedad de recepción. Chistes, bromas y estereotipos difundidos en la prensa diaria, el teatro popular y, más tarde, el cine recordaban a los gallegos que su imagen social oscilaba entre la de ser unos campesinos ignorantes mal adaptados a la vida moderna y la de constituir buenas bestias de carga, duros y probos trabajadores demasiado *brutos* para ser ladrones. La cara positiva y la negativa del estereotipo se complementaban.

La reacción contra esa difusa minusvaloración se expresaba también en las memorias de posguerra. En su mayoría asumía la forma de rechazo orgulloso, salvo en algunas excepciones, donde el inmigrante asumía su condición *inferior*. Era el caso del excombatiente franquista y ferviente defensor del régimen Benjamín Fernández, que en su autobiografía titulada de modo expresivo *Paleto de aldea* (1960) no duda en presentarse a sí mismo como protagonista de anécdotas poco verosímiles, y que incidían en la simpleza y estulticia de los inmigrantes galaicos recién llegados.

Otros aludían a sus primeros encuentros con la impregnación social del estereotipo con una mezcla de resignación y orgullo. También el inmigrante podía superponerse a la fuerza de los prejuicios. Pues el trabajo duro, las cualidades innatas de honradez y constancia aprendidas en su infancia, servían para superar con creces las bajas expectativas asociadas a su condición étnica. Manuel Sarria recuerda sus primeros días en *Los Dos Chinos* como “algo tensos”, pues:

Seguí de vigilador, dando ayuda detrás del mostrador y aceptando las zancadillas laborales que intentaban algunos compañeros. Pensando que no tenía experiencia en la tarea gastronómica, me proponían tareas en el depósito, lista de pedidos y stock. Creyendo que se encontrarían con una sucesión de errores (recordar siempre que en Argentina los “gallegos” tenemos fama de brutos) se sorprendían cuando los trabajos resultaban impecables (Sarria, 2009: 34).

Por su parte, María Rosa Iglesias López nos transmite su experiencia de niña y de otras dos mujeres de su parroquia que también arribaron a la Argentina a corta edad, y la recurrente minusvaloración simbólica en detalles cotidianos, en la escuela y en la calle, capaces de dejar un rastro perdurable en su socialización. Pero el recuerdo de esas anécdotas ponía en evidencia que la lucha por la superación personal también implicaba el orgullo por superar las expectativas *étnicas* que se le superponían. El buen inmigrante gallego abonaba la falsedad del estereotipo; o simplemente certificaba su triunfo personal sobre lo que parecía ser un destino colectivo:

Debía, pues, afrontar la desvalorización por ser gallega y las dificultades por ser sorda en un entorno argentino y oyente. Y decidí pelearla de igual a igual. En los últimos años de la escuela primaria obtuve las mejores notas del curso y fui abanderada. Para estimularlos al estudio, la maestra apeló al orgullo de sus alumnos diciéndoles: “¿No les da vergüenza que la abanderada sea una española?”, como si necesariamente los argentinos debieran ser más inteligentes y capaces.

[...] *Esta maestra no pudo evitar, pese a ser hija de gallegos y a su especial cariño hacia mí, tropezar también con el estereotipo negativo del gallego.* [...].

Maribel y Luz recuerdan con rabia las burlas que padecieron por su acento gallego, dificultad que [...] yo no sufrí porque aprendí el castellano en Buenos Aires [...]. Yo no entendía por qué ser gallega era un defecto grave [...]. Personalmente, pasé de la natural expresión de mi origen a la cautela: intentaba atajar la sonrisa burlona del interlocutor diciendo que era española, pero como con este gentilicio tampoco evitaba la mofa, alguna vez lo intenté diciendo que era europea (Iglesias López, 2007: 171-2).

Con todo, los casos mencionados corresponden a personas que, en mayor o menor medida, experimentaron una más que apreciable movilidad social ascendente, llegando a posiciones de responsabilidad dentro del ramo de la producción en el que se desempeñaban, generando negocios exitosos, cursando carreras universitarias, etc. En consecuencia, si bien la minusvaloración es vivida a veces con dolor y rabia por parte de quienes la padecieron, la misma no llega a convertirse en ninguno de los casos examinados en discriminación social efectiva.

Por otra parte, parece evidente que en ocasiones el malestar latente ante lo que se juzga como una injusta valoración por parte de la sociedad de acogida se vio exacerbado por la íntima convicción de que, al fin de cuentas, el gallego era superior al criollo, al menos en lo que respecta a la honestidad, afán de superación y capacidad de sacrificio. Los autores de los testimonios reunidos se ven a sí mismos adornados por aquellas características que, desde varias décadas atrás, habían cristalizado como el lado positivo del estereotipo del inmigrante gallego en la Argentina: honesto, estoico, trabajador, sanamente ambicioso y perseverante (Bodelón, 1995: 121-2; Varela 1996: 63; López Santos, 2009: 24-6, 30-1; Sarria, 2009: 93, 103).

A pesar de las sombras del progreso argentino, de las incertidumbres de su evolución a lo largo del siglo XX y del extraño fenómeno del espejo deformado, según el cual muchos emigrantes, al mirar hacia su tierra de origen, llegan a preguntarse por qué decidieron marcharse, la valoración de la experiencia migratoria de la mayoría de las autobiografías de inmigrantes gallegos de la segunda mitad del siglo XX sigue siendo moderadamente positiva. Ciertamente, los protagonistas de las autobiografías experimentaron una movilidad social ascendente. “Hicieron la América”, o, al menos, lo que podría considerarse como tal teniendo en cuenta las expectativas de un campesino o marinero gallego de las décadas de 1940 o 1950. Por otro lado, existen claras diferencias en lo referente a la relación coste/beneficio entre quienes eligieron emprender el viaje y quienes, en función de su edad o de su puesto en el grupo familiar (esposas o hijos de los emigrantes), tuvieron que asumir lo que no estaban en condiciones de rechazar. Para estas últimas, el hecho de emigrar no conlleva sólo pérdidas o ganancias en el terreno económico o en el bienestar individual. Supone un desarraigo emocional. Así lo resume María Rosa Iglesias López (2007: 184),

Después de mi primer viaje a Galicia (1994) empezó el proceso aún inconcluso de hacer las paces con la emigración. De haberme quedado en la aldea no hubiera llegado a la universidad pero creo [...] que hubiera sido mucho más feliz. [...] De todos modos éstas son conjeturas, no certezas. Pero es indudable que allá poseía un sentimiento de pertenencia, de arraigo que jamás tuve en Buenos Aires, donde siempre tengo que luchar contra cierto sentimiento de exclusión. [...] tengo sentimientos ambivalentes frente a lo gallego. Por un lado sé que soy diferente, que ignoro muchas de sus costumbres, que he hecho un desarrollo que, en las circunstancias que

me tocó vivir, no era posible en Galicia. Por otro lado tengo un sentimiento de envidia porque ellos, los gallegos de allá, se quedaron con la Patria.

Más allá de lo anterior, es posible señalar algunas coincidencias en torno a dos elementos. Por un lado, un sentimiento de agradecimiento con el país de acogida, en particular por su capacidad integradora y por la igualdad de oportunidades que ofreció a los recién llegados de una tierra marcada por la escasez, pues permitió a los inmigrantes obtener un trabajo, progresar de forma relativamente rápida y proporcionar una educación gratuita y de calidad a sus hijos (Puga, 1988: 207-09, 211-12, 215, 233; Varela, 1996: 109; Sarria, 2009: 122, 144, 214-15; López Santos, 2009: 124). Por otro lado, en relación con el papel de los hijos, ya *criollos*, como nudo que los ata irremisiblemente a la Argentina. En palabras de Luis Varela (1996: 98):

¿Por qué está mi pensamiento siempre navegando por Galicia? Por qué vine a la Argentina creo que está claro, y por qué no me voy de nuevo a mi tierra creo que más claro todavía. En Galicia tengo tanta familia y tantos amores que jamás podré olvidar. En Argentina tengo a mis hijos y a mis nietos y también muchos amores. Mi destino fue vivir con el corazón partido en dos.

Distinta es la expectativa respecto de un posible retorno a la tierra que los vio nacer. Para algunos, muy a su pesar, el mar sería a partir de entonces una suerte de *puente roto* (Iglesias López, 2004), un obstáculo para el regreso a los paisajes y recuerdos de los años más tiernos de la vida, refugio de la nostalgia (López Santos, 2009: 137-38). Otros, en cambio, asumieron con mayor pragmatismo lo que en definitiva había sido una elección consciente, en aras de un ascenso social que ambicionaban y que Galicia no podía proporcionar. Y si en ocasiones aún dejaban abierta la puerta a un regreso más o menos mediato, para muchos se trató, en cambio, de una determinación que excluía la marcha hacia atrás.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AURELL, J., DAVIS, R. G., y DELGADO, A. B., eds. (2007): *Ethnic Life Writing and Histories*, Lit Verlag, Hamburgo.
- BODELÓN, J. (1995): *Vida azarosa de un emigrante*, Alvarellos, Lugo.
- BOURDIEU, P. (1986): "L'illusion biographique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, pp. 69-72.
- BRUNER, J. (1993): "The Autobiographical Process", en FOLKENFLIK, R. (ed.): *The Culture of Autobiography*, Stanford UP, Stanford, pp. 38-56.
- CABANA Iglesia, A. (2009): *Xente de orde: O consentemento cara ao franquismo en Galicia*, TresCtres Eds., Santa Comba.
- CALVO BUSTELO, G. (s. f.): *Emigrantes*, s. ed. [Talleres Gráficos de Editorial e Impresora Alloni], s. l. [Buenos Aires].
- COSTA FIGUEIRAS, J. (1919): *España en ultramar. I. La sugestión de América*, Ramón Sopena Ed., Barcelona.
- DE CRISTÓFORIS, N. (2008): "El último ciclo de inmigración gallega en la Argentina: Una aproximación a sus rasgos principales", en id. y FERNÁNDEZ, A. (eds.), *Las migraciones españolas a la Argentina. Variaciones regionales (siglos XIX y XX)*, Biblos, Buenos Aires, pp. 77-105.

- DEVOTO, F. (2003): *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires.
- EAKIN, P. J. (1985): *Fictions in Autobiography. Studies in the Art of Self-Invention*, Princeton UP., Princeton, NJ.
- FERNÁNDEZ, B. (1960): *Paleta de aldea*, Eds. Sophos, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ IGLESIAS, T. M. (2003): *Morriña*, Seminario de Estudios do Deza, Lalín.
- FERNÁNDEZ VICENTE, M^a J. (2004): *Émigrer sous Franco. Politiques publiques et stratégies individuelles dans l'émigration espagnole vers l'Argentine et vers la France (1945-1965)*, ANRT, Lille.
- FERREIRO, G. (1972): *Don Marcelino (Historia de un inmigrante)*, Talleres Gráficos Américalee, Buenos Aires.
- FITZPATRICK, D. (1994): *Oceans of Consolation: Personal Accounts of Irish Migration to Australia*, Cork UP, Cork.
- GÁLVEZ, L. (2003): *Historias de inmigración. Testimonios de pasión, amor y arraigo en tierra argentina (1850-1950)*, Grupo Ed. Norma Buenos Aires.
- GOSMAN, L., (1994): "History as (Auto)Biography: A Revolution in Historiography", en M. DONALDSON-EVANS, L. FRAPPIER-MAZUR y G. PRINCE (eds.): *Autobiography, Historiography, Retoric*, Rodopi, Amsterdam/Atlanta, pp. 103-29.
- HALBWACHS, M. (2004): *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- IGLESIAS LÓPEZ, M^a R. (2004): *El puente roto*, relato inédito.
- (2005): *La voz imperfecta*, novela inédita.
- (2007): "Con las raíces al aire: La experiencia de las emigrantes gallegas a través de nueve protagonistas", en R. FARIAS (coord.): *Buenos Aires Gallega: Inmigración, pasado y presente*, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 167-84.
- LEJEUNE, Ph. (1994): *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul-Endymion, Madrid.
- LENCE, J. R. (1945): *Memorias de un periodista*, Centro Difusor del Libro, Buenos Aires.
- LOJO, M. R., GUIDOTTI DE SÁNCHEZ, M. y FARIAS, R. (2008): *Los "gallegos" en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña / Vigo.
- LONGUEIRA, G. (2003): *Testemuños dun neno (Testimonios de un niño)*, Ed. del autor, Buenos Aires.
- LÓPEZ SANTOS, F. (2009): *Memorias de un rostro en la escotilla*, Editorial Almaluz, Buenos Aires.
- MANTEIGA, X. M^a (1996): *Cartas dun emigrante*, Ed. del Autor, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ MORÁS, A. (1903): *Íntimas. Fragmento de una autobiografía. Impresiones de un viaje*, Impr. Didot, Buenos Aires.
- MONKEVICIUS, P. C. (2005): "Migración, Memoria y Narración: El caso de la historia de vida con inicio polaco y presente lituano", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 56, pp. 145-71.
- MOYA, J. C. (1998): *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, Los Ángeles et al..
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2002): *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, identidades e representacións dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y SOUTELO, R. (2005): *As cartas do destino. Unha familia galega entre dous mundos, 1919-1971*, Galaxia, Vigo.
- PAJARES, N. (1923): *El Conquistador de los Trópicos* [1923], s. ed., Madrid.
- (1925): *El pensador en la selva (La indiada, la negra y la gringada de las Repúblicas del Plata). Ideas, impertinencias, diatribas, extravagancias y fantasías del pensador celtibero Don Francisco Fernández Sinsegundo, fallecido en América*, Ed. Páez, Madrid.
- (1929): *Atorrántida. Novela Romántica*, Sociedad Gral. Española de Librería, Madrid.
- (1931): *Cómo pervirtieron a Palleiros*, Eds. Oriente, Madrid.
- PÉREZ-PRADO, A. (1992): "Don Paco y Doña Fe", en ALLEGUE, G.: *Galegos: As mans de América*, Nigra, Vigo, vol. I, pp. 7-11.

- PUGA, J. (1988): *Así fue nuestro destino*, s. ed., s. l. [Buenos Aires].
- RIVAS CANDO, D. (2008): *Darío Rivas Cando. Autobiografía*, Dunken, Buenos Aires.
- ROMERO, L. A. (2003): “Apogeo y crisis de la Argentina vital”, *Revista de las Américas. Historia y presente*, n°1, pp. 85-109.
- SAMPEDRO, C. (2000): *Madres e hijas. Historias de mujeres inmigrantes*, Planeta, Buenos Aires.
- SAMUELE LAMELA, C. (1993): *Conversas con Manuel Meilán*, Xerais, Vigo.
- SÁNCHEZ ABAL, L. (1917): *Unos años de emigración en Buenos Aires*, Rosso, Buenos Aires.
- SARRIA, M. (2009): *Relatos de una vida: un hombre de trabajo*, ed. del autor, Buenos Aires.
- SUÁREZ GARCÍA, J. M^a (1942): *Memorias de Manuel Suárez Martínez, seguidas de los “Apuntes biográficos de D. Manuel Suárez Martínez”*, s. ed., Tandil.
- ÚRGEL, G. de (1913): *La verdad a España. Libro Primero. La República Argentina y sus problemas*, Impr. Militar de Cleto Vallinas, Madrid.
- VARELA, L. (1996): *De Galicia a Buenos Aires —Así es el cuento—. Recuerdos desde el Bar La Cancha*, Eds. Volpe, Buenos Aires.
- WEINTRAUB, J. L. (1978): *The Value of the Individual: Self and Circumstance in Autobiography*, University of Chicago Press, Chicago/Londres.
- WOUTERS, M., y PANTALEÓN, X. (1995): “O discreto encanto das fontes orais: O Proxecto Historia Oral de Galicia”, en BARROS, C. (ed.): *Historia a debate: Galicia*, Historia a Debate, Santiago de Compostela, pp. 185-92.
- YANS-MCLAUGHLIN, V. (1990): “Metaphors of Self in History: Subjectivity, Oral Narrative, and Immigration Studies”, en id. (ed.): *Immigration Reconsidered: History, Sociology, and Politics*, Oxford UP, Nueva York / Oxford, pp. 254-91.